

Ramiro Fernández Valbuena
Copérnico ante el criterio católico



Biblioteca Saavedra Fajardo 2018



Transcripción y revisión de Miguel Andúgar Miñarro a partir de: Fernández Valbuena, Ramiro.
Copérnico ante el criterio católico. Coruña: Establecimiento Tipográfico El Noroeste, 1897.



Índice

I	4
II.....	7
III.....	9
IV.....	11
V.....	15
VI.....	20



COPÉRNICO ANTE EL CRITERIO CATÓLICO

«Veritas liberabit vos.»

(*San Juan VIII-32.*)

I

Sentado en medio de tinieblas y sombras de muerte se hallaba el mundo antiguo, no solamente en el orden religioso y moral, que era un verdadero desorden, sino también en el filosófico-científico, que estaba muy lejos de haber adquirido el desarrollo que pudiera prometerse de los grandes genios ya de antiguo dedicados a la especulación y a la observación de los fenómenos naturales del mundo metafísico y físico.

Era que la razón humana por sí sola, y a pesar de sus esfuerzos, rara vez puede alcanzar la verdad, cuando se halla rodeada de errores y preocupaciones en otros ramos del humano saber. Por eso ni los filósofos del Oriente, en su pintoresco estilo, pudieron llegar a conocer las principales verdades que al hombre interesan, como la unidad y personalidad de Dios, la naturaleza propia y el origen y destino de la humanidad, yendo a confundirse en el gran todo panteísta o en el absurdo dualismo, que no acertaba a concebir al Ser Supremo sin su correspondiente compañera, que le sirviera a la vez de complemento y de esposa; ni los cabios de Occidente fueron en esta parte más afortunados que sus colegas orientales, y mientras que Sócrates sacrifica un gallo a Esculapio, y Cicerón escribe *De Natura Deorum*, el divino Platón desea que venga el mismo Dios a enseñarnos, porque sin eso nunca acabaríamos de conocer la verdad, sin la que no podemos ser libres, porque solamente ella nos librará.

No estaban más adelantados en el orden puramente científico; pues, aun cuando los caldeos se habían dedicado desde muy antiguo al estudio de los astros, parecieron tan poca cosa las observaciones hechas por ellos al maestro de Alejandro, el filósofo de Stagira, que las consideró destituidas de sólido fundamento y de base científica. Aunque Pitágoras se dedicó con ahínco al estudio de los números, inventando la célebre tabla pitagórica, que aprendemos cuando, siendo párvulos, asistimos a la escuela; aunque Euclides y Hieron cultivaron la geometría, haciéndola conocer a sus contemporáneos; aun cuando Aristóteles escribió de *Coclo, de generatione et corruptione* y de animales y plantas, siguiéndole en este último camino Plinio el naturalista, es lo cierto que todas esas ciencias estaban aún en la infancia cuando apareció La Verdad, que



después de habernos enseñado por medio de los Padres y Profetas, quiso hacerlo por sí misma, revistiéndose de nuestra propia naturaleza.

Predicado el Evangelio, comenzó la verdad a librar al hombre de la esclavitud del error, siguiendo un orden racional en esta liberación, que fuese proporcionado a las necesidades de la naturaleza humana y el orden que esta siguiera en sus extravíos y desviaciones del camino recto. Para lo cual hay que tener en cuenta que, siendo el hombre un ser sintético, todo en él ha de estar subordinado, según la gradación de la síntesis, lo menos a lo más y lo inferior a lo superior, siguiéndose de este ordenamiento el bello ideal de la unidad en medio de la variedad; y como la desviación del recto sendero había procedido de mayor a menor, el retorno, para ser legítimo y estable, debía también ir por los mismos pasos, restaurando lo principal, para que fuera posible la restauración de lo secundario.

Tal fue el orden admirable con que procedió la Verdad en la liberación del hombre. Primero restauró el hombre religioso, haciéndole conocer a Dios y la manera de servirle y agradarle; fue la obra de los Apóstoles y varones apostólicos hasta la época de las grandes herejías. Después restauró al hombre filósofo, haciéndole penetrar en los arcanos de la ciencia racional, cerrados a piedra y lodo en sus principales enseñanzas a los antiguos sabios; era la misión encomendada a los Padres de la Iglesia, quienes, para deshacer los sofismas del error apoyados en conocimientos superficiales o imperfectos, elevaron tan alta la especulación, que no es fácil poder superarles, ni aun alcanzarles en aquellas materias que se propusieron dilucidar, habiendo sido después unidas todas ellas con el misterioso lazo de la síntesis por la poderosa inteligencia de los Escolásticos, entre los cuales se formó aquel admirable sistema de filosofía racional, puesta al servicio de la religión, que aun hoy mismo necesitamos volver a ellos nuestra mirada, entreteniéndonos agradablemente en registrar sus infolios, para darnos cuenta exacta de la trabazón y enlace de unas verdades con otras.

Faltaba el rescate del hombre científico y el desenvolvimiento consiguiente de la ciencia, cuyas verdades no habían de ser de peor condición que sus hermanas las de la filosofía, para que desearan de ser redimidas; y aunque más tarde, según la exigencia de su naturaleza en relación con la del hombre, también debía llegarles el ansiado turno de salir a la luz del medio día, abandonando la oscuridad de las tinieblas, en que por tantos años gimieron cautivas y desoladas. Y, aunque en las enseñanzas apostólicas, patrísticas y escolásticas se ven no pocos destellos científicos, hallábanse, no obstante, estas verdades sin recibir la luz clara que necesitan y piden para su completa restauración, y esta luz no podía hacerse esperar mucho tiempo; porque



la Verdad iba disponiendo y ordenando los nuevos, de manera que pronto fueran redimidas y comunicadas al hombre.



II

Algunos de tanta valía como Silvestre II, el Franciscano Bacon y el Dominico Alberto el Magno habían empleado sus talentos en el estudio de las ciencias exactas y naturales, mereciendo el primero por sus raras habilidades, inexplicables para el vulgo, el sobrenombre de *brujo*; y descubriendo los segundos muchos de los problemas que hoy son el honor de la Física moderna, si bien por entonces no tuvieron las aplicaciones prácticas que un estudio y una experiencia más profundos y continuados les ha dado en nuestra época. Con tan buenos auspicios ya podía alegrarse la verdad científica y levantar su cabeza, porque se acercaba a pasos de gigante su esperada redención.

Nicolás de Cusa, célebre teólogo del concilio de Basilea, aplicó sus conocimientos matemáticos a la defensa del sistema pitagórico, relativo a la posición respectiva que ocupan en el cielo la tierra, el sol y los planetas; siendo el primero en defender semejantes opiniones contra las universalmente admitidas desde Ptolomeo, astrónomo griego, que dio nombre al sistema geométrico, y que durante muchos siglos fue el único enseñado en las escuelas públicas. Cusa dedicó un libro al Cardenal Cerasini y el Papa Nicolás V le nombró Cardenal en 1448, desde cuya fecha figuró como uno de los miembros más notables del Sacro Colegio, desempeñando importantísimas legaciones y siendo como el ojo derecho de los Pontífices Calixto III y Pío II.

Era que había aparecido la aurora del día científico y no podía tardar mucho en dejarse ver el sol que iluminara con sus rayos el caos de la noche precedente.

Apareció por fin el astro en la ciudad polaca llamada Thorn, y recibió en el bautismo el nombre de Nicolás, siendo su apellido *Kopernik*, que castellanizándolo decimos Copérnico, cuya aparición sobre el horizonte tuvo lugar en 12 de Febrero de 1473, y cuyo tránsito a la eternidad fue el 20 de Mayo de 1543; duró en consecuencia su vida mortal 70 años, que supo aprovechar en santificarse y en santificar a sus hermanos mediante el ministerio sacerdotal ejercido con celo nunca desmentido, y en propagar las verdades científicas, aprendidas en sus continuos y profundos estudios y publicados en libros de eterna memoria. Tuvo afición especial a las literaturas griega y latina, en que hizo notables progresos mientras estudiaba en la Universidad de Cracovia, después de haber hecho sus primeros estudios en su pueblo natal, pero más que a otra alguna rama de los conocimientos humanos dedicóse con ardor al árido campo de las matemáticas, en que salió maestro consumado. Con sus amigos Jacobo de Kobylin, Nicolás de Szadek y Martin de Olkutz oyó las lecciones de Alberto de Brudzewki. profesor de Astronomía. En 1495 pasó a inscribirse como alumno en la Universidad de Padua, haciendo desde allí varias



excursiones a Bolonia, donde ayudaba a Domingo María de Ferrara en sus observaciones astronómicas; y adquirió tal reputación de sabio, que en 1499, esto es, a los 27 años de edad, fue llamado a Roma, donde le encargaron una cátedra de matemáticas, grandemente concurrida de alumnos, llevados a ella por el renombre universal del profesor. Poco después recibió en Padua el grado de Doctor en Medicina; pero no dándole satisfacción completa las cosas de la tierra, ni aun las mismas ciencias en que tanto sobresalía, abrazó el estado eclesiástico para mejor servir a Dios y ser de mejor utilidad a sus semejantes, ordenándose de sacerdote en 1503. Fijó después su residencia (1510) en Frauenberg, donde construyó un observatorio astronómico, valiéndose para sus observaciones nocturnas de cierto aparato de su invención, compuesto de tres aparatos de madera con divisiones marcadas en tinta; aparato que, aunque sencillísimo, lo conservaba Tyche-Brahe como una reliquia, dedicándole sentidos versos.

Polonia tributó siempre a su ilustre hijo, el honor a que se hizo acreedor, levantando monumentos y honrando su memoria. El primero que se le dedicó en la Iglesia de Frauenberg le representa arrodillado ante un Crucifijo, como en actitud de recibir las inspiraciones científicas que nacen del costado de la Verdad encarnada. Martin Kromer, historiador polaco, hizo gravar en 1581 sobre la lápida sepulcral del astrónomo una inscripción latina. Otro monumento se le levantó por el Príncipe Flawoski en 1766 en la Iglesia de San Juan de Thorn, monumento que fue visitado por Bonaparte, así como la casa donde naciera Copérnico, durante la campaña de 1806 y 1807. Y para que la Universidad de Cracovia no careciera de algo que representase al aventajado escolar de sus aulas, Sebastián Sierakowski hizo construir otro monumento en la Iglesia de la Academia, que tiene por titular y lleva el nombre de Santa Ana, en 1819. Y por último, en una de las plazas públicas de la ciudad de Varsovia, se elevó un monumento fundido en bronce el año de 1830, sin contar las medallas acuñadas en honor del mismo sabio, ya por los polacos, ya también por otros de distinta nacionalidad, aunque no menos entusiastas del sabio y virtuoso sacerdote y canónigo polaco.



III

Bien mereció todas estas distinciones el hombre que consagró su vida a la ciencia y al ministerio sacerdotal, hermanando tan perfectamente los deberes clericales con sus profundos estudios, que tenía distribuido el tiempo entre los unos y los otros. «Por largos años, dice de él Gasendi, dividía el tiempo, parte en la asistencia a los divinos oficios, ya en ejercer la medicina gratuitamente con los pobres, ya en sus estudios favoritos.»

Es muy de notar la diferencia enorme que suele existir entre los sabios del catolicismo y los del gentilismo, y aun, pudiéramos añadir, de las sectas disidentes, en orden al uso que suelen hacer de sus conocimientos. Pues mientras los sabios del gentilismo y aquellos que se bailan separados del centro de la unidad suelen perderse y engolfarse en teorías más o menos especiosas y aceptables, sin cuidar para nada del orden práctico, los sabios católicos—y más si son clérigos—imitando al Divino Maestro que «comenzó a hacer y enseñar», unen la teoría con la práctica, porque saben que no son las buenas palabras, ni los brillantes discursos, ni los libros eruditos los que salvan, sino las buenas obras, la caridad para con Dios y para con el prójimo, a quien procuran servir con humildad: «¿Que te aprovecha, escribe a este propósito Kempis, disputar cosas grandes de la Trinidad, si careces de humildad, por lo cual desagradas a la Trinidad... Si supieras toda la Biblia, y las opiniones y sesteadas de todos los filósofos. ¿Qué te aprovecharía todo ello sin la caridad y la gracia de Dios?» (*De imitatione Christi*, libro I, cap. I).

Guiado por esta sobrenatural lumbre de la fe, procuraba Copérnico utilizar sus conocimientos médicos en beneficio de la clase, que llama hoy desheredada una filosofía imprudente y sin entrañas; como si la herencia del hombre consistiera en los bienes de la tierra que son incomparablemente menos que él, y no los del cielo, o los que fue llamado por el Hijo de Dios. De análoga manera se está portando hoy otro sabio Sacerdote alemán, el Doctor Sebastián Kneipp, célebre en toda Europa por su sistema de hidroterapia, curando gratuitamente a cuantos enfermos acuden a su clínica de todos los países del mundo. Y es que las mismas causas producen siempre los mismos electos, cuando las condiciones son iguales, y como el Evangelio movía a Copérnico en dirección a los proletarios para auxiliarles y curar sus dolencias, así, ¿través de cuatro siglos, mueve a Kneipp y a otros infinitos en la misma dirección, hacia los pobres y desvalidos, que en vano buscarán remedio a sus males fuera de la Iglesia católica, cuyo fundador dijo de sí mismo lo que Dios había anunciado ya de Él por su Profeta: «A evangelizar a los pobres me ha enviado, a curar a los contritos de corazón.» (*Isaías LX1-1, Mateo, XI-5*.)



Si Copérnico hubiera vivido en nuestro siglo de agitación, en que las clases sociales se revuelven airadas unas contra otras, declarándose guerra a muerte, como si fueran enemigas y no hermanas, no es dudoso el partido que hubiera tomado entre los combatientes, pues no era de genio aporósito para ver cruzado de brazos los males sin cuento que consigo lleva la guerra social, habría sido, a no dudarlo, uno de los más entusiastas propagandistas y defensores y auxiliares de los «Círculos católicos de obreros», porque son el medio más apto para defender a los trabajadores contra las falacias de sus enemigos, que tienden a dejarles sin fe y sin pan. Bien lo demostró en la primera de sus publicaciones relativa a la moneda, publicada en 1506 con el título siguiente: *Dissertatio de optima monetae cudendae ratione*, «Disertación sobre la mejor manera de acuñar la moneda.» En ella dice estas significativas palabras, no siempre tenidas en cuenta por los gobiernos: «Vemos prosperar a los países que tienen buena moneda, en tanto que decaen y desaparecen los que la tienen mala... La moneda de escaso valor fomenta la pereza, sin que apenas alivie a los pobres.»

La profunda verdad de esas observaciones del sabio Canónigo de Worms, se está palpando en nuestros días, tanto en América como en Europa; pues mientras nuestros hermanos residentes en el Plata necesitan reunir 350 para enviar 100 solamente a sus familias, nosotros perdemos un 25 0|0 en el cambio de nuestra moneda con la extranjera, de nuestras pesetas por francos; siendo así que no hace aún muchos años valían aquellas más que estos. De donde, a juzgar por la muestra, Nicolás Kopernik hubiera sido un excelente Ministro de Hacienda.



IV

No fue, sin embargo, la disertación sobre la moneda lo que hizo célebre al Canónigo polonés. Lo que le dio fama imperecedera, que durará mientras dure el mundo, fueron sus escritos astronómicos, fue su obra titulada *De revolutionibus corporum coelestium*, obra que le inmortalizó e hizo que su nombre fuera pronunciado, aun en vida del autor, con profundísimo respeto en todas las Academias y Corporaciones sabias. Siguiendo las huellas del Cardenal de Cusa, se propuso restablecer la antigua teoría pitagórica del movimiento de la tierra y demás planetas alrededor del sol, contra lo que se venía creyendo comúnmente de que el sol se movía en derredor de la tierra. Defendió en ella la teoría llamada heliocéntrica—de la palabra griega *helios* y la latina *centrum*, «sol» y «centro»—en oposición a la teoría, comunísima entonces y casi universal, denominada *geocéntrica*—de la palabra griega *geos*, que significa «tierra» y la latina *centrum*;—teoría que, admitida hoy y generalizada hasta en el vulgo, era considerada en aquel tiempo como destituida de todo fundamento y opuesta a las enseñanzas de la filosofía y de las ciencias naturales.

Muchos años hacía ya que Copérnico acariciaba la idea y aún tenía redactado su libro, sin atreverse a publicarlo; porque siendo humilde, como lo son generalmente los verdaderos sabios, temía que sus estudios y observaciones no estuvieran suficientemente fundados. Por eso escribe: «Y también yo, con ocasión de estos testimonios (los de escritores antiguos) he comenzado a meditar sobre el movimiento de la tierra. Y aunque esta opinión parezca absurda, he creído, puesto que otros antes que yo se atrevieron a imaginar una multitud de círculos para demostrar los fenómenos astronómicos, que podría atreverme a ensayar si, suponiendo que la tierra se mueve, hallaría sobre las revoluciones de los cuerpos celestes demostraciones más sólidas que las expuestas en tiempos anteriores. Tras largas investigaciones he llegado a convencerme de que el sol es una estrella fija, rodeada de los planetas que en su derredor se mueven, a los que sirve de centro y da luz; que además de los planetas principales, hay otros de segundo orden que circulan como satélites alrededor de sus planetas principales, y con estos alrededor del sol; que la tierra es un planeta principal sujeto a un triple movimiento; que todos los fenómenos del movimiento diurno y anual, la reproducción periódica de las estaciones, todos los cambios de luz y temperatura de la atmósfera que las acompañan, son resultado de la rotación de la tierra sobre su eje y de su movimiento periódico alrededor del sol; que el curso aparente de las estrellas es solo una ilusión óptica producida por el movimiento real de la tierra y por las oscilaciones de su eje; que, en fin, el movimiento de todos los planetas da origen a un doble orden de fenómenos



que es esencial distinguir, derivados unos del movimiento real de la tierra y otros de la revolución de estos planetas alrededor del sol. No dudo que los matemáticos aceptarán mi opinión si se toman la molestia de procurar conocer, no superficialmente, sino de una manera profunda, las demostraciones que daré en esta obra.»

Así se expresa el insigne matemático polonés en el prefacio de su célebre libro.

La opinión pública, que tan déspota se ha mostrado en todos tiempos, y mucho más en los nuestros, con cuantos se atreven a separarse de sus imposiciones retenía a nuestro sabio con sus manuscritos, que desde hacía muchos años había terminado. Solamente los ruegos y casi casi imposiciones de ilustres amigos suyos, eclesiásticos de alta jerarquía, le decidieron a que consintiese en la publicación, encargándose de la corrección de pruebas su discípulo Rético, porque apenas podía ya el autor hacer aquel trabajo, agobiado como se hallaba por los achaques y la vejez; así es que recibió el primer ejemplar impreso de su obra pocos días antes de morir. Oigamos empero al mismo autor que escribe de esta manera en el prólogo: «Los amigos, entre ellos el Cardenal Schomberg y Tidemann Gisins, Obispo de Kulen, lograron vencer mi repugnancia. Este último sobre todo, mostró la mayor insistencia para hacerme publicar este libro que yo había guardado, no nueve años (*alude al precepto de Horacio*) sino cerca de treinta y seis.»

Parece que nada tenía que temer el astrónomo teniendo por Mecenas a tan altos personajes; pero quiso asegurarse mejor, buscando el apoyo de la persona más elevada de la tierra y de la autoridad superior entre los hombres, sabiendo que nada detiene a la lengua del murmurador. Y tanto por este motivo, cuanto por dar testimonio del respeto que profesaba a la Cátedra Apostólica, protectora en todos tiempos de los sabios dedicó Copérnico su obra al Sumo Pontífice Paulo III, quien aceptó la dedicatoria con agradecimiento, sabiendo de antemano cuales eran las teorías del autor. «Figurémonos, le dice el dedicante, un conjunto de miembros separados del cuerpo humano pertenecientes a individuos de estatura y conformación diferentes. Si se quisiera componer un todo organizado, la desproporción de las partes, sus diversas configuraciones presentarían en una juntura discordante el horroroso aspecto de un monstruo, mejor que la forma regular de la figura humana. Tal se ofrecía a mi vista el edificio de la Astronomía antigua. La explicación de los movimientos celestes me presentaba a cada paso escollos en que se estrellaban las opiniones generalmente admitidas. Supuestos favorables en ciertos casos, que no podían ajustarse a otros aceptados unas veces, interpretados con violencia otras, y en ocasiones despreciados, lejos de alumbrar la marcha del razonamiento, arrojaban tanta confusión en las



cosas como oscuridad en el espíritu; apartaban la convicción, prestando a la obra maravillosa de la naturaleza extravagantes colores.» Publicado el libro de Copérnico, las opiniones de los sabios se dividieron, siguiéndole unos, e impugnándole otros. Lo cual nada tiene que no sea conforme con la historia de las ciencias; pues todas ellas han ido desarrollándose y perfeccionándose en medio de las contradicciones y aun del apasionamiento que suele engendrar la diversidad de pareceres. Con mayor motivo debía esto suceder con *Las Revoluciones* del ilustre Canónigo de Worms; pues en ese libro, más que la demostración matemática, se ve la intuición del genio que llega a entender una cosa sin que alcance a demostrarla; siendo casi la única prueba que alegaba Copérnico en favor de su sistema, la sencillez del mismo y la complicación del sistema de Ptolomeo, En nuestros días se demuestra la verdad del movimiento anual de la tierra por el fenómeno de la aberración de las estrellas fijas, y el movimiento diurno por la rotación del plano de oscilación de un péndulo. Pero esto no se podía hacer ni se sabía en la época de Copérnico ni mucho más tarde; no habiendo datos para fijar, siquiera aproximadamente, los valores de los principales elementos de nuestro sistema planetario.

«Nieta, que perfeccionó el Algebra, escribe a este propósito Cesar Cantú, y de un gran entendimiento filosófico, en su *Slasmonicum coeleste*, que permanece autógrafo en la Magliabechiana, sostiene que el sistema de Copérnico descansa en una Geometría errónea. Montaigne decía que no se debe atender a cuál de los dos sistemas sea el verdadero, ¿y quién sabe si de aquí a mil años una tercera opinión no echará por tierra las dos precedentes? Descartes lo negó en algunos lugares. Garendi no lo adoptó, porque implicaba contradicción. Bacon se ríe de él como repugnante a la filosofía natural. El francés Claudio Barigardo, profesor en Pisa y Padua y autor de los *Círculos pisanos*, le refutó en sus *Dudas* por la inmovilidad de la tierra. Pascal en sus *Pensamientos* ponía: «Encuentro bien que no se profundice la opinión de Copérnico.» (*Los heréticos de Italia*, discurso 49.) Otro testimonio bastará para que demos por terminado este punto, y va a ser el ilustre P. Gecchi, tan conocido y admirado en el mundo científico moderno.

Dice así este sabio jesuita: «Las pruebas que entonces se alegaban no eran pruebas verdaderamente tales; no eran sino argumentos de analogía que no excluían completamente la posibilidad de la opinión contraria. Ciertamente basta considerar las pruebas que hoy se aducen para demostrar el movimiento de la tierra, para convencerse de que todas ellas eran desconocidas en aquella época. La rotación del eje de la tierra, por ejemplo, se demuestra por su aplanamiento y por la fuerza centrífuga, en cuya virtud la gravedad disminuye al aproximarse al Ecuador. Estos



hechos eran entonces completamente desconocidos. El ensayo con el péndulo, cuya oscilación varía constantemente y según una determinada ley sobre una superficie horizontal, según demostró Foucault en 1851, no solo era desconocida en dicha época, sino que, aun cuando este fenómeno (como sostienen algunos) hubiera sido conocido, no se habría comprendido, porque la teoría de las rotaciones era de todo punto ignorada. Los ensayos de Guglielmi eran imperfectos, y tanto, que mucho tiempo después de Galileo se les negaba aún toda fuerza demostrativa. En tiempo de Galileo (*mucho menos en el de Copérnico*) no se conocía por lo tanto ninguna de las demostraciones verdaderamente tales de la rotación del eje de la tierra. Faltaban asimismo en aquella época pruebas directas del movimiento progresivo de la tierra alrededor del sol.» (*Memoria sobre la cuestión de Galileo.*)

Este defecto de pruebas positivas en que se pudiera apoyar el sistema heliocéntrico defendido por el Canónigo polaco, no disminuye en nada el mérito del mismo que se aventuró a exponer una teoría contra la corriente de la opinión científica de su tiempo, sin temor a las iras de sus émulos. Pues sabido es que los grandes descubrimientos no se hacen de una manera perfecta al primer ensayo, necesitándose por el contrario repetidos experimentos hasta encontrar un resultado completamente satisfactorio. Cuando Colón descubrió la América, no pensaba en que aquel país era un nuevo mundo, un continente desconocido, sino el extremo oriental del Asia, a donde pretendía llegar con más brevedad y menos exposición caminando hacia el Occidente, que siguiendo por el cabo de las Tormentas hacia el Oriente. ¿Cuántos experimentos no hubo de hacer el célebre bacteriólogo Pasteur, antes de poder demostrar de una manera concluyente la imposibilidad de la generación espontánea? ¿Y antes de darnos el preservativo contra la rabia? Es esta una como ley de la humanidad, que va subiendo de lo conocido a lo desconocido y del conocimiento imperfecto al perfeccionado.



V

Fue, pues, Nicolás Copérnico, ante el criterio católico, un sacerdote ejemplar que cumplía con su misión en la tierra, haciendo las veces del Sacerdote Eterno según el orden de Melquiades, empleándose en beneficio de los pobres y menesterosos; y un sabio de primer orden que tuvo por protectores a Obispos, Cardenales y aun al mismo Papa; porque la Iglesia Santa, por medio de sus Ministros, ha sido siempre y será en lo sucesivo la protectora de las ciencias y el refugio de los sabios.

Sin embargo, en esta parte nos sale al frente la moderna incredulidad que, desde hace más de un siglo, grita furiosa contra la opresión, en que supone han estado las ciencias y sus cultivadores por parte de la Iglesia y de sus principales miembros, y en confirmación de sus temerarias afirmaciones cita a todas horas el proceso de Galileo y la condenación del sistema astronómico defendido por Copérnico, «Desmentida está hasta la saciedad, diremos con el profesor Gilbert, la existencia de una oposición sistemática y odiosa contra el progreso de las ciencias naturales por parte de los Ministros más encumbrados de la Iglesia. Baste citar los más numerosos testimonios de simpatía y protección que los estudios científicos merecieron en Roma en tiempo de Galileo; los trabajos de relevante mérito llevados a cabo por los jesuitas Clavio, Griemberger, Guldin, Scheiner, Grimaldi y Riccioli; por los Canónigos o Religiosos Copérnico, Castelli, Renieri, Cavalieri, Gasendi, etcétera, la recepción entusiasta que hallaban en las regiones más elevadas de Roma los descubrimientos de Galileo; la intimidad y activa correspondencia de este sabio con un sinnúmero de Prelados, como los Cardenales Barberini y De Conti, Monseñor Digni, Monseñor Giampoli, el Arzobispo Piccolomini, Monseñor Virginio Cesarini y otros eclesiásticos.» (*Revue des questions scientifiques*. Julio de 1877.)

¿Como se explica entonces, podrá preguntar alguno, que esa Iglesia, tan amiga como se dice de las ciencias y de los sabios, proscribiera el libro de las *Revoluciones*, de Copérnico? ¿Ni como este escritor, cuyas obras han estado puestas por tantos años en el Índice de los libros prohibidos, puede contarse entre los católicos puros y sin mancha de herejía? Porque, si su libro fue condenado como herético, ¿qué juicio ha de formar el creyente del autor que así escribía? y si realmente aquel libro no contenía error alguno contra la fe, ¿a dónde va a parar la infalibilidad que los cristianos atribuimos a nuestra Madre la Iglesia?

Ea estos o parecidos términos viene expresándose hace tiempo la incredulidad, y aun muchos creyentes, saturados de perniciosa lectura y pobres en conocimientos teológicos e históricos, por



lo cual no aciertan a discernir lo verdadero de lo falso y sufren un escándalo tanto más grave cuanto mayor es su ignorancia y falta de luces.

Hemos de responder brevemente y con la mayor claridad posible, procurando poner cada cosa en su lugar, ya que la índole de este trabajo no permite largas disquisiciones, inútiles, por otra parte, después de tanto como se ha escrito sobre el asunto y de tanta luz como se ha hecho en este punto particular.

Por de pronto, y en primer término, cúmplenos manifestar que, aun cuando el libro de Copérnico contuviera y enseñara errores contra la fe—que ni contiene ni enseña—su autor no por eso sería hereje ni dejaría de merecer, ante el criterio católico, el juicio que acerca de él queda expuesto anteriormente. No basta para ser hereje profesar la herejía de buena fe, se necesita además la contumacia, la rebelión contra la autoridad legítima que propone la verdad revelada. ¿Quién entre los hombres está libre de caer en error, habiendo dicho la Sabiduría por boca de David que todo hombre es mendaz? (*Psalmo 115-2. A los Romanos 3-4.*) Puedo errar, decimos todos con San Agustín, pero no por eso será hereje. En Copérnico, aún supuesto el error, faltó la contumacia, no hubo rebelión contra la autoridad eclesiástica; no pudo haber por lo tanto más que un error material—caso que así fuera—y de ninguna manera herejía. No desmerecería nada, por consiguiente, en el concepto cristiano aun cuando se hubiera equivocado; por más que hubiera desmerecido mucho en el concepto científico. Puesta a salvo la integridad de nuestro protagonista, aun en el supuesto menos favorable para él, veamos de compaginar el debido respeto a la Iglesia, nuestra amorosa Madre, con los fueros de la verdad científica, que aparenta defender la impiedad moderna, levantando las manos al cielo en demanda de justicia contra el decreto que prohibió la lectura de la obra del Canónigo de Worms.

Para entender con acierto el significado de aquella prohibición, hay que tener muy en cuenta el tiempo en que se hizo y los motivos porque fue incluido en el *Índice* de los libros prohibidos el de *las Revoluciones* de Copérnico. Había sido publicado aquel libro, con la dedicatoria al Pontífice reinante, acoplada con agrado por el Papa, en el año de 1544, y fue puesta en el *Index* en el de 1616, es decir, 72 años después de darse a la estampa. ¿Como fue que en todo ese largo período nadie se metiera con nuestro astrónomo, y su libro en repetidas ediciones anduviera en manos de los sabios de toda Europa, sin que ninguno sospechase de su ortodoxia? ¿Sería, acaso, que no entendieran las doctrinas de Copérnico? ¿O que no se viera en ellas el sistema heliocéntrico tan claramente expuesto, aunque no demostrado? Injuria no pequeña haría a los doctos de aquel siglo quien admitiera cualquiera de las dos hipótesis, desmentidas ambas por lo



que ellos mismos han dejado escrito en sus obras. Y no obstante, el hecho es evidente y dan testimonio de él todos los hombres de ciencia, ¿Qué ocurrió, pues, para que se considerara reprobable en 1616 lo que se venía considerando como lícito desde 1544? ¿Acaso la moralidad es una cosa variable, según los tiempos, y la verdad mutable como el girasol?

«Hay, dice a este propósito el profesor Gilbert, un hecho jamás refutado, que importa no perder de vista. El sistema de Aristarco de Samos, que suponía el movimiento de la tierra en derredor del sol innoble, habíase libremente enseñado desde largo tiempo, sin que la Iglesia lo impidiese en modo alguno. El Cardenal Schomberg y la aprobación del Papa Paulo III; habíase enseñado en las escuelas italianas y defendido esta nueva doctrina ante el Soberano Pontífice Clemente VII, sin que ninguna persona autorizada en la Iglesia de Dios reclamase en contrario. (*En el lugar citado arriba.*)

Expliquemos, pues, el enigma de la prohibición del libro de Copérnico, puesto en el Índice en 1616, *donec corrigatur* «hasta que fuese corregido», según el estilo de la Santa Congregación, y quitado del Índice por la misma Congregación en el año de 1620 por medio de otro decreto, acompañado de un *monitum*, en que se dice estar permitida la publicación y lectura del libro en razón de su gran utilidad. Por esto nos maravilla mucho que en una obra que se está publicando entre nosotros se haya escrito lo que sigue, hablando del libro de Copérnico: «Bajo el Pontificado de Paulo V la Congregación del Índice condenó el libro *como herético*, por decreto (5 de Marzo de 1616) que hasta hoy no se ha derogado oficialmente.» (*Diccionario enciclopédico hispano-americano*, Montaner y Simón, Barcelona. Art. Copérnico.) Ni es exacto que fuera condenado el libro de nuestro autor como herético, ni mucho menos que el decreto de prohibición no se haya derogado todavía oficialmente. La verdad es que solo estuvo prohibida su lectura por espacio de cuatro años.

La causa de la prohibición hay que buscarla fuera del mismo libro, y la encontraremos en las vivísimas disputas suscitadas con motivo de la cuestión de Galileo, que, si bien adoptó el sistema copernicano, se extralimitó en su defensa, valiéndose de armas que no sabía manejar y que debiera haber respetado, según le ordenaba la autoridad eclesiástica. Estas armas eran los textos de la Escritura, que Copérnico había tenido buen cuidado de no citar en apoyo de su teoría heliocéntrica, dejando con gran prudencia a los escriturarios y teólogos el cuidado de interpretar la palabra de Dios contenida en la Biblia. Y como el principal apoyo de Galileo era la autoridad del Canónigo polaco, a la prohibición impuesta al sabio italiano para que se contuviera dentro de los límites de la ciencia sin invadir los dominios teológicos, se siguió la inclusión en el Índice de



los libros prohibidos de las *Revoluciones* copernicanas; no de otra suerte que cuando amenaza una revolución el Gobierno recoge las armas de los ciudadanos pacíficos para evitar que aquella se propague y desarrolle, privándoles de los medios de resistencia; o cuando se ha desarrollado la peste prohíben los médicos ciertos alimentos, que en otras ocasiones permiten a toda clase de personas.

Sería alargar demasiado esta monografía, y además salimos del terreno propuesto para este certamen literario, entrar en el examen del proceso de Galileo, que tanto ha dado que decir y que escribir en la presente centuria; pues apenas hay un libro de polémica religiosa escrito contra la Iglesia o contra la infalibilidad pontificia, en que no salga a relucir el famoso proceso, repitiendo sin cesar nuestros enemigos que la Iglesia se opone al desenvolvimiento de la ciencia, que aherroja a los sabios, que se equivocó condenando el sistema copernicano, etc., etc., etc., y de los libros pasan estas aserciones a las revistas, a los periódicos, a todas partes; para llevar consigo la duda, la indiferencia y el odio hacia las instituciones eclesiásticas, hacia el Clero y hacia la misma Iglesia. A todos estos, que no cesan de gritar, a pesar de la luz que se ha hecho en lo relativo a los dos procesos de Galileo, pudiéramos repetir las palabras del Salmo IV: «¡Hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo vais a tener el corazón agraviado? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?»

Para nuestro propósito bastará indicar que, quien condenó la doctrina de Galileo y prohibió la lectura del libro de Copérnico, no fue ningún Concilio General ni tampoco ningún Papa, únicos en quien reside la infalibilidad cuando enseñan a la Iglesia universal de un modo solemne, o como dicen los teólogos, hablando *ex cathedra*; sino una Congregación romana, de mucha autoridad, sí, pero que no está ni estuvo nunca dotada con el don de la infalibilidad; segundo, que la condenación no fue hecha en el sentido de que fuera herética la doctrina de Galileo, sino solamente temeraria, y esta temeridad es evidente, para quien no quiera cerrar los ojos a la luz, por dos motivos: el primero, por los medios de prueba usados por el florentino, que eran los textos bíblicos y él no se bailaba autorizado para interpretar la Biblia, el segundo, porque iba contra la opinión casi unánime de los sabios de su tiempo y de los tiempos que le habían precedido, sin que, como ya hemos probado, tuviera entonces la ciencia razones concluyentes que demostrasen lo contrario.

Es preciso dejar bien sentadas las afirmaciones que preceden; porque muchos escritores, no distinguiendo el dictamen de un consultor, o de muchos, del Decreto de la Congregación respectiva, al ver que aquel calificaba de herética la doctrina de Galileo, creyeron ya que por tal



había sido calificada por la misma Congregación; es como confundir la petición fiscal con la sentencia de la Sala, que no siempre son lo mismo, sino que muchísimas veces hay entre ambas enorme diferencia, y en no pocas ocasiones manifiesta oposición, como cuando el Fiscal pide para el presunto reo una determinada pena, y el Tribunal le absuelve con todos los pronunciamientos favorables.

Ahora bien que la doctrina defendida por el físico florentino no fue condenada como herética, lo confiesa el mismo interesado en carta a Rinucini, que anda impresa en varias obras, y cuyas palabras vamos a copiar en la lengua misma en que fueron escritas. *Il Cardinal Joller*, dice Galileo, *mi dise haber parlato con N. S. in materia del Copérnico... al che fu de Sua Santita risposto come Santa Chiesa non l'avea dannata, no era per dannarla per erética, nía solo per temeraria.*

El Papa, a quien se refiere en esa carta Galileo, era Urbano VIII, Cardenal en 1616 cuando se dio el decreto de prohibición y que tuvo que intervenir en el segundo proceso de Galileo; y aquel Pontífice, como el Cardenal Jollern le ponderara las dificultades que oponía a la conversión de los heterodoxos el aludido decreto, le respondió que: «La Iglesia no había condenado como herética aquella doctrina, ni pensaba en hacer semejante condenación, sino que solamente la había declarado temeraria.» (SANTES PIERALICE *Urbano VIII e Galileo* cap. IV.) Por lo cual, bien podemos concluir con el P. Tiraboschi: «En esto debemos admirar la providencia de Dios en favor de la Iglesia; pues en un tiempo en que la mayor parte de los teólogos creía firmemente que el sistema de Copérnico era contrario a la Sagrada Escritura, no permitió, sin embargo, que la Iglesia se pronunciase sobre este punto por un juicio solemne.» (*Istoria della Letteratura italiana*. Lib. II, cap. II.)



VI

Hora es ya de concluir, resumiendo con brevedad lo que con no mucha extensión, para presentar a Copérnico ante el ilustrado Círculo de Obreros Católicos de esta ciudad, nos pareció que debíamos exponer. Dos aspectos presenta en la Historia humana el nombre de Copérnico, el de ciudadano y el de sabio; el de Sacerdote y el de escritor. Y aunque parezcan de suyo independientes y separadas una de otra esas dos maneras de ver y admirar al Canónigo de Worms, no lo son, sin embargo, sino mutuamente se completan y perfeccionan, influyendo en el concepto de sabio la idea de sacerdote, y dando a esta un nuevo lustre los grandes conocimientos adquiridos a fuerza de laboriosidad y de estudio.

En las Sagradas páginas, que como Sacerdote estaba obligado a meditar, aprendió Copérnico a no ensoberbecerse con su sabiduría y a usar de ella con parsimonia y en beneficio de los pobres y desvalidos. Tenía, muy presente, sin duda, el dicho de San Pablo de «no saber más de lo que conviene saber, sino saber con sobriedad,» (*A los romanos*, XII-3); así como aquellas otras dirigidas a los colosenses donde les encarga «que aprendan las cosas de arriba y no las de la tierra» (*quoae sursumt sunt sápite, non quoae super terram.*) Por eso repetía con frecuencia aquellas frases que se hallan escritas, para honor suyo, en el pedestal de la estatua que se le levantó en la Iglesia de Frauemberg, donde el escultor le representa de rodillas delante de un Crucifijo en actitud suplicante y como pidiendo inspiración con esta leyenda que, según sus biógrafos, era original del humilde Sacerdote:

NON PAREM PAULI GRATIAM REQUIRO,
VENIAM PETRI NEQUE POSCO, SED QUAM
CRUCIS LIGNO DEDERAS LATRONI SÉDULUS ORO

«No pido, Jesús mío. una gracia igual a la que concediste a tu Apóstol Pablo, ni tampoco soy digno de un perdón como el otorgado a Pedro; sino que te ruego sin cesar me concedas algo semejante a lo que hiciste con el buen ladrón desde el ara de la cruz.» Estas frases pintan la hermosura del alma de su autor y son su elogio más acabado; porque en ellas se descubre al sabio que «no se desvanece en sus pensamientos», ni se «deja seducir por una filosofía vana y falaz», sino que afirmándose en la base de la humildad cristiana y en la filosofía de la cruz, puede sin temor remontar el vuelo y medir con su compás el curso de los astros, renovando el milagro de



Josué y deteniendo al sol en su carrera, al mismo tiempo que lanza a la tierra en vertiginoso movimiento por los espacios celestes.

Tal fue Copérnico, Sacerdote ejemplar, sabio modesto y de grandes vuelos, que jamás temió, como les sucede a tantos pusilánimes, el que los progresos de la ciencia mermaran un ápice las verdades reveladas y un conocimiento extensísimo de las verdades naturales. Así se comprende que fuera amado de los Obispos, de los Cardenales y de los Papas; respetado y consultado por los sabios; querido y adorado de los pobres y su memoria en la bendición de las gentes.

De donde podemos concluir, que Copérnico es una gloria de la ciencia; pero más aún del sacerdocio y de la Iglesia Católica.